

## ENEMIGOS VERDADEROS

Otero

*«Chico de Madrid murió a consecuencia de su última cacería, en la que si no pudo cazar ratas, como nunca falló, cazó un tifus; el tifus que lo llevó a los cazadores eternos, donde es difícil que entren los que no son como él, buenos; como él, pobres, y como él, de alma incorruptible».*

—Ignacio Aldecoa, *Chico de Madrid*

La mejor manera de evitar a los perros vagabundos es guiñar un ojo y caminar a la pata coja, pero para sorprender a una rata conviene quedarse muy quieto con las manos a la espalda. Bichi ha desarrollado todo tipo de estrategias para sobrevivir en su reino, a orillas del río Enguri. Lo sabe todo sobre sus súbditos: mariposas, lagartijas, tordos, gatos tiñosos..., y por supuesto sobre sus enemigos: las ratas, las únicas que se atreven a importunarlo mientras duerme en una tubería abandonada de hormigón.

Entre las ciudades de Gali en Abjasia y Zugdidi en Georgia consigue lo suficiente para calmar el hambre, generalmente mendrugos, peladuras de patatas y alguna que otra mandarina robada. Una vez encontró una moneda de 50 kopeks. ¡Qué bueno estaba el chocolate que pudo comprar! Desde entonces camina con la cabeza gacha, no sea que ronde otra moneda con aquel personaje que, como él a veces, atraviesa una lagartija con un palo. Su madre le explicó que era un santo... ¿cómo se llamaba? Tampoco recuerda los nombres de sus padres. En cambio, sí recuerda que su madre le dijo que eran georgianos y que

su padre no regresó de una guerra. Vivieron como refugiados en unas tiendas de campaña hasta que ella amaneció un día muy fría. Bichi odia tocar el mármol porque le recuerda a aquella frialdad. Todavía no sabe adónde fue, hace ya mucho que sospecha que, como su padre, nunca volverá. Por aquel entonces fue cuando pasó a ser conocido como Bichi, que es a lo que suena *chico* en georgiano, aunque su madre siempre lo llamaba Davit. Los primeros meses de orfandad se dormía todas las noches llorando de hambre. Cuando rondaba los ocho años y sobrevivía con comida ajena, las palizas eran algo consustancial a la vida, y quizá por eso ya no lloraba. Un día abandonó el campo de refugiados y descubrió lo que pensó era el paraíso, a la orilla de una corriente de agua turbia.

Bichi se ha convertido en un autodidacta desharrapado y tristón aficionado a las colillas.

Su mayor orgullo es la puntería, a menudo se prueba contra gorriones o lagartijas, y siempre contra las ratas, sus enemigos. Se pasa el día recorriendo sus dominios, abandonados por los mayores por señalar una frontera que de algún modo está relacionada con la desaparición de sus padres, aunque no alcanza a ligar los detalles. Tiene ordenanzas para casi todo, entre las más estrictas está la de no apedrear a los mirlos, sus cánticos son lo más precioso del reino. Cuando siente una sensación fría que le sale de los riñones, que puede ser miedo, soledad, tristeza... —no sabe distinguirlos—, silba como los mirlos, y tan bien los imita que a veces acuden intrigados. Hasta diez llegó a contar en una ocasión, aunque pudiesen haber sido más si hubiese dispuesto de más dedos. A su manera, Bichi se cree feliz tumbado sobre la yerba oyendo el croar de las ranas, rascándose las familiares picaduras de piojos, imaginando que las estrellas son luciérnagas gordas y lejanas que algún día, cuando termine de crecer, podrá derribar de una pedrada.

Si me hubiese visto cómo le arreaba en el hocico a aquella rata gorda... Sin embargo, le preocupa descubrir que cada vez le cuesta más recordar la voz de su madre, hasta los rasgos de su cara parecen difuminarse con el paso de las

estaciones. Por eso, cuando se despierta por las mañanas, lo primero que hace es traerla a la mente. ¡Es ella, seguro! En una revista abandonada descubre su rostro. Recorta la fotografía con sumo cuidado y la guarda en uno de los bolsillos del abrigo militar en el que se mete para dormir. Ahora ya no necesita recurrir a la memoria olvidadiza, le basta con extraer el recorte y darle besitos.

Bichi recorre la fábrica abandonada imaginando que ese debe de ser el cuartel general de sus enemigos. Lleva los bolsillos cargados de piedras del tamaño preciso, va dispuesto a acabar con los males de su reino. Pero entre aquellas ruinas oxidadas de olores letales no hay ratas, ni siquiera cucarachas. De noche apenas puede dormir. La frente le arde y respira con dificultades. Bichi se apaga al tiempo que las estrellas.

A rey Davit nunca lo encontrarán sus enemigos —no antes que las ratas—.